

Edad de oro . . .	1.728.000
de plata . . .	1.296.000
de bronce . . .	864.000
de barro . . .	432.000
	4.320.000

Fácil es observar que la tercera es el duplo de la cuarta; que la suma de ambas es igual á la segunda, y que la primera es la suma de la segunda y cuarta. Dividido luego el total por 360, número redondo de días del año incierto, da 12.000, cifra que es también la del período pérsico y etrusco, y elemento del período caldeo para los diez patriarcas antediluvianos.

Tales números representan la vanidad nacional, más que una antigüedad positiva; pero las pretensiones originadas por la emulación atestiguan el parentesco de dichos pueblos pues que se fundan sobre un dato común multiplicado luego por 6, 9, 13, 18, 36, 74, 144 ó una décupla progresión.

Tan ingeniosas indagaciones explican los millares de siglos contados por otros pueblos.

Además de esto aquellos imaginarios espacios están vacíos de hechos y llenos solamente de quimeras, poniéndose en ellos el reinado del Sol, de los planetas y de los dioses, como señal de que pertenecen á los sueños de la mitología ó á las figuras del símbolo y no á la realidad de la Historia. Los Egipcios hacen reinar desde un principio al Dios Fta, luego durante un espacio de 30.000 años al Sol, y últimamente á Saturno y á 12 dioses, antes de que aparezcan los semidioses y los hombres. Según los parsos, dominaron 3.000 años los angeles de la luz, sin enemigos; otro tanto tiempo se pasó antes de que naciese el monstruoso toro por quien fueron engendrados los diversos seres: y después de todos vinieron Mesquia y Mesquiane, hombre y mujer. Los tibetinos se remontan á un tiempo infinito con su reinado de los lah ó genios: luego sigue una era de 80.000 años, una de 40.000, otra de 20.000, otra de diez años escasos, otra de 80.000 llenas todas de seres alegóricos, como son entre otros los reinados de loro (*luz*), de urano (*cielo*), de gea (*tierra*), de helios (*sol*); de suerte que ó son delirios de la fantasía exaltada ó de la vanidad, ó verdaderos períodos astronómicos.

Por el contrario, la historia es muy moder-

na en todos los pueblos, y sus tiempos ciertos no comienzan sino después de la edad de Abraham. No citaremos los actuales Europeos, cuyas memorias son de ayer, pero tendremos presente que los griegos, por vanos que sean, confiesan haber aprendido á escribir de los fenicios, hará como unos 34 siglos: la historia del Asia anterior á Ciro no es más que un tejido de fábulas; y Herodoto, primer historiador profano, vivía en tiempo de Nehemias y Malaquias, últimos profetas, hará 2300 años, y se apoyaba en la autoridad de otros anteriores á él tan solo en un siglo. El poeta clásico más antiguo floreció hace cerca de 2700 años; Beroso escribió en tiempo de Seleuco Nicanor; Jerónimo bajo el reinado de Antioco Soter, y Maneton en tiempo de Tolomeo Filadelfo tres siglos antes de Cristo. Sanconiaton fué conocido sólo dos siglos antes de nuestra era; y si hasta el nombre no fué inventado por Filon el gramático, es curioso por lo que refiere de las edades antediluvianas, contando diez generaciones desde el primer hombre (Protógenes), y atribuyendo á personas cuyos nombres son verdaderamente alegóricos los descubrimientos é invenciones humanas en el mismo orden en que supone que fueron hechas; lo restante son fábulas y teogonías. Por último, Klaproth ha demostrado cuán reciente es la fecha de todos los historiadores de Asia.

Siendo esto así, ¿qué fé merecen estos historiadores cuando nos presentan una indeterminada serie de siglos? Lo verdaderamente maravilloso es que todas las tradiciones, entre la infinita variedad de fábulas concuerden al aproximarse á las épocas señaladas por Moisés. Salió éste de Egipto hácia el año 1500, y por aquella época sucedieron las emigraciones á que debe la Grecia su población y cultura; la Grecia, que confiesa no tener cosa alguna más antigua que Japet. Carecen de cronología los Indios; pero Abumazar, grande astrónomo que vivió en la corte de Almamum desde el año 813 al 833 de C.; que residió en Persia y en Balk y estudió parricularmente la historia de aquellos países, dice que se contaban 3725 años desde sus tiempos hasta el diluvio, con el cual principió el *caly-yug* ó sea la presente edad del mundo. Los imperios caldeo, chino y egipcio, aunque discrepan en otras muchas cosas,

conciuerdan en estos 4000 años poco más ó menos después del diluvio. Los chinos, que aspiran á tan remota antigüedad, se limitan á conjeturas hasta el año 722 a. de C., y los más imparciales de entre ellos consideran como ficciones alegóricas todo lo anterior á Fo-hi. El *chu-king*, que es el más antiguo de sus libros canónicos, fué hallado, ó por mejor decir, restaurado solo 176 años a. de C.; y dice que al principio reinó Yao en unión con los montes de su imperio, que dijo á sus siervos Hi y Ho: *id y observad los astros, determinad el curso del sol y dividid el año*. Este emperador construyó acueductos, organizó el culto y las gerarquías sociales, inventó la primera metafísica de la Y, esto es, como 4 y 8 fueron formados de 1 y 2; en suma, pertenece á los seres simbólicos, y sin embargo, no es sino 4170 años, y según otros 2357, más antiguo que nosotros. Confucio, no contando la historia de los reyes anteriores á Yao (2000 a. de C.), probó que los consideraba como fabulosos; Mencho, otro de los filósofos más insignes de la China, dice que esta región permaneció inculta y despoblada hasta Yao, primer rey que reunió á los hombres en sociedad y emprendió la tarea de civilizarnos y su gran historiador, Se-matsian, no comienza á fijar fecha á los acontecimientos hasta el año 841 antes de Cristo.

CAPITULO III.

Unidad de la especie humana.

Queda, pues, confirmada por los progresos de las ciencias la narración de Moisés, que no da al hombre más de 7 á 8000 años de antigüedad; y es ciertamente una de las mayores maravillas para quien lee el *Génesis*, su concordancia con los más recientes adelantos de la ciencia. Sólo él, entre todas las cosmogonías, establece una diferencia entre la creación de la materia y su organización, entre el principio en el cual aquella comienza á existir, y la incubación que ejecuta el espíritu de Dios, hasta que la pone en aptitud de formar las estrellas y los planetas. Lo primero no podía ser más que un acto instantáneo de la voluntad omnipotente; lo segundo se verificó mediante la sucesión de los tiempos, y lo vemos proseguir hasta hoy en las nebulosas, que son mundos en

estado de formación. Esta verdad, que apenas acaba de ser descubierta en nuestros tiempos, la declaró Moisés, no con el lenguaje de Newton ó de Herschel, sino valiéndose de aquellas imágenes que eran las únicas que podían ser comprendidas por su pueblo. Por otra parte, el lenguaje más refinado de la ciencia ¿qué es sino el lenguaje de la apariencia?

La luz, según los últimos experimentos de Struve, corre 98,843 millas italianas en un segundo. Herschel (el padre), dijo que los rayos luminosos que nos transmiten las nebulosas más lejanas que se presentaron en su reflector de 40 piés, necesitan más de 2.000.000 de años para llegar á la tierra. Debieron, pues, aquellos astros haber sido creados mucho tiempo antes de la última organización de ésta. Así, el primer acto fué de absoluta creación, y lo demás se va cumpliendo bajo la influencia de las fuerzas que el Criador imprimió á la materia. La más estupenda de éstas es la gravedad, y Moisés vió que la estabilidad de los cuerpos celestes depende de su mútua gravitación y de la amplitud del espacio que los separa. Entre ellos está fija en sus polos la tierra, suspendida sobre el abismo, y en su seno fueron dispuestas anchas cavidades donde se encierran el agua central y el fuego. El cielo no es el *firmamento*, como lo interpretaron San Jerónimo y los LXX; tampoco es el cielo cristalino de Aristóteles, sino la extensión (*rakia*), esto es, la inmensidad.

Otro portentoso: Moisés distinguió la luz primitiva de la que debemos al sol. Una filosofía frívola hizo escarnio de la idea de haber creado la luz antes que el sol, que es su fuente; más la ciencia ha demostrado que otra luz se desarrolla en la tierra independiente de la del sol, como es la de los volcanes ó la fosforescencia de las nubes ó la electricidad, y ésta debió ser de tal potencia, en un principio, que bastó para hacer germinar los vegetales antes que el sol les sonriera.

Hay más. En Moisés la luz no fué creada, sino que Dios la hizo brillar; expresión que se aviene con la teoría de las ondulaciones, que generalmente se adopta hoy con preferencia á la de las emisiones.

Hiparco estableció que las estrellas del cielo eran 1,022; Tolomeo hacia subir este número

á 1,026; Moisés sabe que son innumerables como las arenas del mar; y de 30 siglos á esta parte están demostrando esta verdad los telescopios; y para que no se crea que esta es una frase poética ni que envuelve la idea de lo infinito, la Escritura añade que «Dios sabe el nombre de cada una.» Si habla del orden de los astros, la Escritura los compara con un ejército formado en batalla cantando alabanzas al Señor. Luego no son dioses, ni tampoco influyen en las acciones humanas como lo creía la antigüedad.

El aire (*ruach*, Job) en los libros de Moisés, aparece como un vestido de la tierra, y Dios le dió su peso (*mischkal*). La Biblia lo sabe mucho tiempo antes que Galileo.

Las aguas ejercieron grandísima influencia en la constitucion de la tierra. Dividense éstas en superiores é inferiores, y están separadas, no por una esfera sólida, firmamento, sino por el espacio (*rakiach*). Los vapores difundidos por el aire no habrían bastado para producir el diluvio, si no se hubieran abierto los abismos de la tierra para lanzar las aguas que contenían.

Los séres animados fueron apareciendo por sucesivas generaciones y con arreglo á la complicacion de su organismo. La geología ha sabido probar á la letra aquel orden de sucesion; y si niega que los animales hayan aparecido despues de los vegetales, la química á su vez lo sostiene, y lo sostiene tambien la razon que demuestra que la mayor parte de los animales se alimentan de vegetales. Estos, segun el Génesis, se desarrollaron antes de la aparicion del sol y bajo condiciones de luz, de humedad y de calor diferentes de las actuales; y la botánica fósil acaba de sancionar semejante orden de hechos.

El último de todos los séres fué el hombre, y la geología no puede presentar un sólo resto suyo hallado en los estratos antiguos. Dicese que no es posible que la especie humana cuente tan breve tiempo desde su creacion, atendido el largo plazo que necesita el hombre para educarse; pero conviene tener presente que el niño aprende en los primeros meses de la vida mucho más que durante algunos años despues; y aún podría decirse que es todavía joven, si se advierte cuánto ha tardado en llegar al uso de su razon.

Pero algunos han clamado contra esta opinion con más atrevimiento, negando que el hombre haya sido creado tal como es, y suponiendo que todas las cosas visibles salieron de un germen único, el cual se fué desarrollando poco á poco; que pasó del estado de materia bruta á la orgánica y luego á la animal, dividiéndose gradualmente en las diversas especies porque fué pasando, y elevándose á cada nueva catástrofe que ocurría en el globo, hasta llegar á la actual condicion que el hombre tiene, en la cual le precedieron otras especies, al paso que otras inferiores se aprestan tambien á alcanzarlo y á ocupar su lugar.

Dejando aparte á los meros declamadores, diremos que Lamarck, con mucho aparato científico, sostuvo hace poco que el hombre procedía del mono, empeñándose en demostrar, comparándolo anatómica y fisiológicamente con varios aspectos del feto humano, el sucesivo tránsito de los grados más inferiores á los superiores, como si aquéllos en cierto modo hubieran sido el aprendizaje de éstos. Así, segun su doctrina, el orangutan de Angola perdió poco á poco la costumbre de andar en cuatro piés y caminó derecho; luego las patas traseras se convirtieron en piés, y en manos los remos delanteros: habiéndose librado de la necesidad de coger frutas y de pelear, se fué gradualmente acortando su hocico; el antiguo rechinar de los dientes se trocó en sonrisa, y de este modo quedó convertido en hombre. Las prerogativas del espíritu, segun Lamarck, no son más que la extension de la facultad de los brutos, diversas solamente en lo relativo á la cantidad y dependientes de la organizacion.

Ni aún discurrendo de este modo queda desvanecido el punto principal de la dificultad, sino solamente un poco más distante: porque si Dios no creó al hombre, ¿quién fué el autor de este germen primitivo? ¿En qué terreno se desarrolló? ¿Qué átomos lo compusieron? Luego, ¿cómo se explica el fenómeno de la vida? La transacion de la materia mejor compaginada al animal peor conformado, ¿no queda aún interrumpida por un abismo, tan inmenso como una nueva creacion? ¿Podría acaso verificarse nunca por medio de recursos meramente naturales el tránsito del animal bruto hasta la al-

tura del ser racional? Siglos han trascurrido desde que se están estudiando las especies vivientes sobre esta tierra: los sepulcros de Egipto son museos de historia natural donde se conservan esqueletos de muchísimos animales de 4000 años hace, y allí puede verse que ni un ápice se diferencian los cocodrilos, los ibis, y los icneumones de hoy de los que vivieron en aquella época. ¿Y que diremos de la perfectibilidad intelectual y moral, privilegio tan peculiar al hombre, que sólo él bastaría para distinguirlo de todo el resto de la creacion?

Si este germen se hubiese desarrollado espontáneamente, segun la prodigiosa fecundidad de la naturaleza en las demas especies, debería encontrarse una variedad infinita y fundamental entre los hombres, como sucede en las obras del acaso; pero por el contrario, aún aquellas mismas cosas que á primera vista parece que contribuyen á diferenciarlo, como los caracteres fisiológicos, por ejemplo, y el lenguaje, no hacen más que acabar de corroborar la unidad de su especie.

Mucho se ha hablado de mónstruos humanos, del orang-kubub y el orang-guhu de los bosques de Borneo, Sumatra y de las islas de Nicobar; pero lo mismo que los hombres con cola, han desaparecido á la luz de la crítica, y otro tanto ha sucedido con los enanos de Madagascar, los hemafroditas de las Floridas y demás fábulas inventadas acerca de los Albinos, Dodones, Patagones y Hotentotes. El supuesto comercio fecundo entre el hombre y la mona, ha sido considerado con razon como una patraña, al paso que la fecundidad de la union entre todas las razas y colores humanos demuestra, aún con sólo el auxilio de la filosofía natural, nuestra hermandad con el Mogol, con el Malabar y con el pobre Negro. ¡Ah! con demasiada frecuencia hallaremos en el curso de nuestra Historia hechos y épocas de los pueblos, que nos probarán la extrema degradacion en que puede caer el hombre, abandonado á sus pasiones.

Es por tanto impropia la denominacion de razas humanas, la cual indicaría un origen diverso, al paso que el hombre en sus diferentes especies no ha hecho más que ponerse en armonía con la naturaleza. A los arenales y á los montes corresponden las formas agudas y gro-

seras del Calmuco y del Mogol que en aquellas dilatadísimas llanuras, sin un árbol, sin una fuente, donde sólo el rocío infunde nueva vida á la agostada yerba, viven con su caballo y sus rebaños. Todavía el Calmuco indolente pasa la vida con la mirada fija en un cielo siempre sereno, y al más leve rumor aplica el oído al desierto á donde su vista no alcanza á penetrar. El Mogol en su país es lo mismo que era hace miles de años; pero si sale de él, experimenta un cambio tal, que apenas hay quien lo conozca. El Arabe, libre, sóbrio, ligero en la carrera, diestro en la equitacion y en el manejo de la lanza, fiel á su palabra y huésped generoso, se halla en armonía con el diestro que habita, así como lo están el Lapon con sus hielos y el Griego y el italiano con las dulzuras de su benéfico clima.

Cuando hablamos del clima, por lo regular no establecemos más distincion que la de las zonas; sin embargo, éstas ni están suficientemente determinadas, ni producen iguales efectos en los dos hemisferios: además de que las distintas condiciones determinan muy diferente temperatura en países inmediatos, y los cuerpos mismos se hallan diversamente dispuestos para recibir ó para rechazar el calor. No se pierdan tampoco de vista los efectos del magnetismo y la electricidad, esa vida de la materia, cuyos misterios, segun parece, están próximos á revelarse: y téngase en cuenta la evaporacion de las diversas sustancias, los vientos y las enfermedades endémicas; causas todas que modifican el cuerpo del hombre, como lo modifican tambien la mútua accion del mar y de la tierra, la calidad de alimentos y la diversidad de civilizacion. Los Germanos de que habla Tácito dejaron de formar, al civilizarse, una especie distinta, como la constituyeron sus antepasados, y perdieron además su enorme corpulencia, al paso que los portugueses adquirieron colosales formas en el centro de las colonias del Cabo. ¿Qué diversidad de aspecto entre el Lapon y el Húngaro! y sin embargo, el idioma demuestra que proceden de un tronco comun.

Se observan en la humana estirpe variedades individuales y monstruosidades que cada cual puede haber visto sin recurrir á los millares de extravagancias conservadas en la memoria. No

raras veces éstas se propagan, y conocidas son, dejando á un lado ciertas bellezas ó defectos hereditarios, las familias de seis dedos, y el inglés que comunicó á su progenitura el defecto por el cual se le dió el nombre de puerco-espín. ¡Cuánto más fácilmente se hubiera verificado esta trasmision si hubieran vivido aislados! Posible es, pues, que las anteriores causas alteren la forma de los individuos y vayan propagándose por su descendencia.

Mas esta ciencia de las razas es nueva aún. Los antiguos, al parecer, no distinguieron de la nuestra más que la etiópica, la tracia ó mogola, y la escita ó germana, deduciendo la variedad únicamente del color del cutis y de la naturaleza del cabello. Esta distincion pareció justamente defectuosa é insuficiente, y por lo tanto se propusieron diversos sistemas para clasificar la humana especie. El gobernador Pownall fué el primero que sugirió la idea de que se fijase la atencion en la configuracion de los cráneos; y Camper redujo posteriormente este sistema á ciencia, deduciendo el criterio del ángulo facial. Observando de perfil el cráneo se tira una línea desde la abertura del oído hasta la base de las narices, y otra desde la prominencia de la frente á la extremidad de la mandíbula superior donde están implantados los dientes: y las razas se distinguen por la diversa abertura del ángulo, que en el Albino es de 58 grados, en el Negro y Calmuco cerca de 70, y en el Europeo 80 y algunas veces más.

Pero el que hizo un estudio más esmerado acerca de las variedades humanas fué Blumenbach, que recogió una infinidad de cráneos, y estableció clasificaciones sobre su forma y sobre el color de su cabello, de la piel y del iris. Contempló este observador el cráneo de arriba abajo, donde presenta figura oval, regular en la nuca y desigual en la parte anterior, en que sobresalen mas ó ménos la frente, los huesos de la nariz y de las mejillas; mostrándose mas ó ménos abierto el arco zigomático, ó sea el que une estos huesos con los dos de las orejas.

Segun este sistema se distinguen tres clases de hombres, á saber: la caucásica, central blanca; la etiopie, negra; y la mogola, amarilla, en las cuales se entremezclan las dos gradaciones de la malaya, oscura, entre las dos primeras, y de la americana, de color de cobre, entre las cau-

cásica y la mogola. A la primera pertenecen á los europeos, menos los lapones, los filandeses y los húngaros; los habitantes del Asia Occidental, inclusa la Arabia y la Persia hasta el río Obi; los de las orillas del caspio y del Ganges, y los del Africa Septentrional. El resto de Africa pertenece á la especie negra. A la mogólica corresponden los demas habitantes del Asia, los tres pueblos de Europa excetuados de la caucásica, y los esquimales de la América Septentrional. La malaya comprende todos los naturales de Malaca, de la Australia y Polinesia, llamados tribus Papuanas; por último, la especie americana se compone de todos los hijos del Nuevo Mundo, excepto los esquimales.

Cuanto más progresa la ciencia, tanto más sencilla encuentra á la naturaleza en sus recursos; y así como los recientes descubrimientos de Humboldt, Bonpland, Pursh y Brown han dado á Decandolle bastantes indicios para una distribucion geográfica de las plantas, derivándolas de un centro comun, del mismo modo se multiplican cada vez mas los argumentos para probar que las variedades de la especie humana, lejos de ser efectos de diverso origen, dependen de las variaciones ocasionadas por el clima, del género de vida y de las monstruosidades esporádicas que han llegado á ser hereditarias. Tales razones, que explican tambien la existencia de las liebres, conejos y cerdos blancos; que establecen inmensa diferencia, entre el cerdo doméstico, y el jabalí, y á las cuales se atribuye la joroba en la raza de los camellos, bastan para explicar la diversidad que existe entre las especies humanas.

Y que efectivamente naciones enteras han pasado de una familia á otra, lo prueba el ver que entre los pueblos de diverso color se habla ó se ha hablado el mismo idioma, indicio cierto de su comun origen. Las lenguas húngara, finesa, lapona y estonia tienen afinidad con la de los chermisos, votiacos, ostiacos, permianos y otros pueblos de la Siberia Oriental; y sin embargo, los lapones, chermisos, vogulos y húngaros, tienen el cabello y ojos negros, en tanto que en los fineses, permianos, ostiacos vemos el cabello rubio, y los ojos azules. La lengua de los tártaros y la de los mogoles, ha sido clasificada poco hace en una misma familia, y en el siglo XI formaban aún una sola

comunidad de cuatro tribus, procedente de dos hermanos, segun se refiere de sus tradiciones; y sin embargo, los tártaros pertenecen á la raza caucásica. El idioma demuestra que los pueblos de nuestra raza son de origen comun; y á pesar de esto los naturales de la Península india se diferencian de nosotros en el color y la forma hasta el punto de ser colocados en una clase distinta. Las lenguas europeas mejor analizadas son patrimonio de dos ó tres razas enteramente distintas segun las apariencias. Los tártaros y los turcos están físicamente lejos de la raza mogola, y no obstante sus idiomas pertenecen á la misma familia. Las lenguas del ural están repartidas entre pueblos de variadísimo aspecto físico: y las naciones morenas de la India usan de dialectos derivados del sanscrito lo mismo que nosotros, europeos blancos.

Quien conoce las mutaciones enormes, ó mejor dicho esenciales, á que están sujetos los animales al pasar del estado salvaje al doméstico, ó vice versa, como ha podido verse en algunos llevados á América, se admira ménos de las variedades de la especie humana. Cuanto más progresa la ciencia, más se extiende el número de tales especies y más se prueba la transicion entre ellas y la dificultad de separarlas con caracteres terminantes. Mientras la union entre los animales de especie diferente es infecunda, y mientras los semejantes no producen más que seres estériles ó híbridas, sólo las razas de una misma especie engendran mestizos que pueden reproducirse. Esto es puntualmente lo que sucede con los hombres, que por tanto pertenecen fisiógicamente á la misma especie, y esto acaba de confirmarse por la uniforme igualdad del tiempo de la gestacion, y de la vida, y por la igualdad de enfermedades salva la influencia del clima y de las costumbres.

Difícil es ciertamente explicar el tránsito del color blanco al negro; pero que este es efecto del clima lo indica la gradacion de matices que se echa de ver entre los polos y la línea formada por los daneses, españoles, italianos, moros y negros. Sabido es que el niño moro nace blanco, y adquiere el sombrío matiz á los diez dias, en tanto que las mujeres sarracenas que viven en absoluto retiro conservan la blancura de su cutis. Y que esta mudanza de color se ha

ido efectuando y perpetuando gradualmente, se ve tambien en los Abisinios, pueblo semítico y diferente en cráneo y en facciones del negro, al cual se parece en la piel. Otro tanto se afirma de varias poblaciones de Africa, mixtas ó que se han ennegrecido conservando las facciones europeas, mayor civilizacion y vestigios de tradiciones. Así es como los europeos establecidos en la India adquieren el matiz de los naturales, y en el Malabar se encuentran judíos negros. ¿Qué más? los cráneos de los colonos europeos de la India Occidental se diferencian de los nuestros, y se dice que los negros que viven esclavos en las alquerías de América, cambian la configuracion de la nariz y de los labios, convirtiéndose en cabello la crespada de su cabeza. ¿Qué variaciones no podrán haber producido los millares de años trascurridos, y las súbitas alteraciones de los climas causadas por los alzamientos de montañas, los incendios y los cataclismos?

M. Fleurens, secretario de la academia francesa de ciencias, llevó felicisimamente á cabo experimentos sobre el estudio comparativo de las diversas estructuras del organismo humano, los cuales le condujeron al mismo resultado que acabamos de proclamar.

Por lo tocante al cutis, que ofrece el distintivo mas manifiesto, se encuentra en las razas de color una membrana pigmental, que por faltar en las demas ha sido considerada como característica de éstas. Pero no lo es, pues tambien el blanco, cuando llega á tostarse por efecto del sol, adquiere un sutilísimo pigmento entre el dermis y la epidermis, y además lo tiene constantemente en derredor de los pezones. Por el contrario, no suele encontrarse en el feto de los negros, ni en los de aquellos que padecen un albinismo parcial, ni tampoco en ciertas partes blancas que se ven en algunas personas de color. Semejante descoloramiento parcial atestigua que el no haberse formado la secrecion del pigmento podria atribuirse á una alteracion morbosa, y que no puede por lo tanto ser considerado éste como característico de la raza. En efecto, siempre aparece menos desarrollado en los cruzamientos de castas cuanto mas se desvian del tronco negro; por lo cual el que quiera convencerse del origen único de la raza humana, debe fijar su atencion en estas